que apunta hacia lo deseable, arrancado de la estampa de un universo de seres solitarios, cual se deduce de los relatos de Ramos Otero: buscando otra isla —la verdadera— con la pasión de un esclavo que conquista su voz. Además.—FRANCISCO J. SATUE. *(Pañería, 38. 28017 MADRID.)*

De América

● Vuelve Bañuelos por la misma calle.

«Al preguntarle Zeus y Hera a Tiresias quién gozaba más en la cama, si el hombre o la mujer, el adivino respondió: *Si las partes del placer se cuentan como diez, corresponden tres veces a ellas y una sola a los hombres.* Entonces Hera, furiosa, lo cegó convirtiéndolo en mitad hombre y mitad mujer.» La historia, de Ovidio, es recordada por Juan Bañuelos para ilustrar su «Coitus non interruptus», composición de su último libro de poemas, que alcanza un muy alto nivel de calidad.

Tus pechos distanciados
por motivos mundiales
aplauden mi derrota inminente

dice Bañuelos, para agregar que la amante pronunciará su nombre «arrojándolo lejos / como la última ropa / para sentirme más desnudo».

El libro empieza bien desde el diseño y la elección del papel, muy agradables y adecuados. Y sigue por excelente camino desde el primer poema, que corresponde al capítulo de *Epígrafes Antiguos:*

EN EL UMBRAL DE MI CASA

Nadie a mi puerta toque si no es con la mirada
del que ha elegido
el mismo granero donde mi corazón guarda
su trigo.

El instrumento poético de Bañuelos es rico y diverso. Funciona bien en la descripción (en *Alto de Chiapas* nos cuenta que «por los cerrojos del crepúsculo / un grillo canta / para las caravanas de hormigas»), en el aforismo («el fuego y el humo duermen juntos / entre los pliegues de la hierba seca») o en la composición de linaje clásico, como en el inicio de «Vuelven a casa por la misma calle»:

Abro las sombras al cerrar los ojos.
De par en par las puertas, sólo pasos
de fiebre entran: cansados y viscosos.
Y negrea mi ayer sobresaltado.

A los 54 años, el mexicano Bañuelos —hombre vinculado a la revista *Plural* y al grupo *La Espiga Amotinada*— reitera y confirma estar en posesión de un verso rotundo que suele venir entretejido con hebras de ironía. En este tono —pequeño y denso— se recogen poemas de su anterior «Es un buen día para morir» y se reitera el placer por temas que puedan complicar al lector en una creación conjunta. Bañuelos es, además, un gran inventor de títulos: *Lección de Oscuro, Donde los Dioses son más Viejos que los Astros, Otoño en Querétaro, Poema Interrumpido por un Allanamiento, Vuelven a Casa los Guerreros, La Desconocida del Grill.*

Y Bañuelos es, también, un poeta que no se calla, que no cultiva la extrema prudencia y que conoció la primera cárcel a los 15 años, como nos revela en *Poema Interrumpido por un Allanamiento,* que empieza magníficamente así:

Aquí la sangre, aquí tal si saliera
de una enorme bestia destazada.
La humareda de los siglos ahogándome.
Golpeado atrás del alma, golpeado
en nombre de la puerta custodiada:
«Ten coraje, Bañuelos.
Valor, viejo.»
Será en la cacería siguiente
cuando mi íngrimo horizonte
caiga bajo la zarpa estrujamiedo.

El amor, la justicia y la belleza rigen ese libro con seriedad alegre, con alegría seria. *Destino arbitrario,* por Juan Bañuelos. Ediciones Papeles Privados. Portada de Agustín Figueroa Z. Méjico.

● Los dos padres de Jorge Luis Borges.

En la «Sala Groussac» de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires se pueden encontrar libros raros —o ediciones raras de libros famosos—, periódicos hace mucho desaparecidos y esa clase de alimento curioso que suele apetecer a los historiadores de la literatura. Antonio Pagés Larraya es uno de ellos, y uno de los más constantes. En este libro reproduce apuntes tomados en distintas épocas, unitarios sólo por el permanente interés de lo que se trata. Para el lector no argentino seguramente destacará la breve reseña dedicada a Jorge Borges, el padre de Jorge Luis Borges, y a su novela *El Caudillo,* publicada en 1921, cuando Borges (el famoso) tenía veintidós años, cinco antes de la aparición de *Tirano Banderas,* de Valle Inclán, con la cual comparte el tema del poder autoritario. Pagés Larraya comenta rápidamente la obra de Borges padre y deja indicados algunos detalles que, parece evidente, han perdurado

(por imitación u obsesión) en la vida y en la obra del hijo. El otro capítulo especialmente atractivo para el lector extranjero es el dedicado a Macedonio Fernández (otro papá de Borges), a quien Pagés nombra como «el payador», porque, dice, igualmente que esa extraña figura de los campos argentinos, era un «animal metafísico». Pagés se empeña en rescatar y vindicar al payador y encuentra coincidencias de propósitos entre José Hernández, el autor del *Martín Fierro* y Macedonio. También lo une a Nietzsche y Kierkegaard —aunque habrá que reconocer que estos dos no parecen nada payadorescos— porque «su pensar y su canto buscan premiosamente la eternidad». Y para probarlo Pagés, con buen tino y mejor gusto, reproduce el poema de Macedonio *Hay que morir*, que es de 1912:

No me lleves a sombras de la muerte
donde se hará sombra mi vida,
donde sólo se vive el haber sido.
No quiero el vivir del recuerdo.
Dame otros días como éstos de la vida.

Pagés informa que fue Ramón Gómez de la Serna el primero en advertir los elementos «criollistas» de Macedonio y concluye evocando nostalgiosamente la figura del gaucho, a quien llama «hombre esencial», para indicar que tanto el gaucho como Macedonio son legatarios de una larga tradición y un largo hábito poético de remotísimo origen. *Sala Groussac,* por Antonio Pagés Larraya. Biblioteca Capítulo del Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, Argentina.

● Jorge Amado, vencedor del fuego.

Es bastante extraño lo que ha ocurrido con Jorge Amado. Cuando el libro latinoamericano no se vendía en ningún lugar, él vendía. Cuando ocurrió el «boom», Amado siguió vendiendo. Y hoy, en que la literatura latinoamericana está tratando de descubrir por dónde irán los pasos del «posboom», sus libros continúan años tras años en los primeros puestos de los más comprados. *Capitanes de la Arena* fue escrito y publicado en 1937 (el mismo año de *España, aparta de mí este cáliz,* de César Vallejo; *Raíz del hombre,* de Octavio Paz, y *España en el corazón,* de Pablo Neruda) y ya están en él, intactas, las principales virtudes del escritor brasileño: vigorosas descripciones, ternura, vocación de justicia, tensión narrativa. Este libro fue quemado en la plaza pública, en ese mismo año de 1937, acusado de lo que siempre son acusados los libros: de delincuencia ideológica. Del autor de aquella orden de incineración no ha quedado ni el recuerdo. Amado, en cambio —y con setenta y dos años bien cumplidos—, se sigue dando el gusto de ver sus libros reeditados. *Capitanes de la arena,* por Jorge Amado. Ediciones Alianza Tres Losada. Traducción de Estela Dos Santos. Madrid, 1984.

● La Habana española a vuelo de inglés.

El camino lo marcó Walter Scott. Otras huellas prestigiosas fueron las de Manzoni en Italia, Dumas en Francia y, en cierto modo, Pérez Galdós en España. Se trataba

de hacer historia escribiendo novelas. El desafío era enorme, porque había que recrear la verdad a partir de la mentira, que no otra cosa es la ficción. El inglés Hugh Thomas —ahora que el género (que quizá alcanzó su clímax con *La Condición Humana,* de Malraux) está en desuso— se atreve a recuperar la Cuba del siglo XVIII y la Inglaterra preindustrial mediante una novela de aventuras que corre un triple riesgo: los españoles la hallarán demasiado «inglesa», los ingleses demasiado «españolista» y los cubanos sencillamente «imperial». Pero, al menos, nadie pondrá en duda el coraje literario de este historiador británico que es lord desde 1981. *La Habana,* por Hugh Thomas. Grijalbo. Madrid, 1984.

● Lo que faltaba decir sobre el *Martín Fierro.*

Uno creía que el *Martín Fierro* —ese poema sobre el que se ha construido la muy estimulante literatura de los argentinos— había sido estudiado desde casi todos los costados posibles. Pero sucede que no era así. Faltaba una reflexión acerca de libro en tanto testimonio filosófico y jurídico. Esta espinosa tarea la ha emprendido Miguel Angel Ciuro Caldani en un trabajo de investigación que contó con el patrocinio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de su país. Hay un largo prólogo en el que se discuten las diferencias entre «belleza» y «justicia» (y que es, en sí mismo, un trabajo de mérito), para luego entrar de lleno en el objeto del libro. La conclusión del rosarino Ciuro Caldani es ésta: «Cada vez que haya un ser humano desgarrado por la ruptura de una concepción global de la justicia; siempre que un hombre que se siente justo sufra por los cambios justos de la vida, y con cada marginado, estará *Martín Fierro* (verdadera obra clásica, porque sigue viva) denunciando su dolor. Como ha dicho Borges, «Hernández escribió para denunciar injusticias locales y temporales, pero en su obra entraron el mal, el destino y la desventura, que son eternos». *Comprensión jusfilosófica del Martín Fierro,* por Miguel Angel Ciuro Caldani. Fundación para las Investigaciones Jurídicas, Rosario, Argentina, 1984.

● Octavio Paz, bibliografía máxima.

Poner en orden la información sobre la obra de uno de los mayores escritores del siglo en lengua española, es siempre una tarea admirable. Hugo J. Verani se atrevió con una de las más complicadas, porque es mucho lo que ha escrito Octavio Paz y mucho, también, lo que se ha escrito sobre él. Esta *Bibliografía Crítica* se viene a sumar —como lo reconoce el propio autor— a esfuerzos anteriores de Aurora Albornoz y Alfredo Roggiano, indispensables para todo estudioso de la obra del gran creador mejicano. *Octavio Paz: Bibliografía crítica,* por Hugo J. Verani. Ediciones de la Universidad Autónoma de Méjico, 1983.

● Homenaje a un poeta (muerto) joven.

Wilfredo Fernández murió en Madrid, en 1977, un día lluvioso de otoño. Era una de las jóvenes voces de la poesía cubana del exilio y pertenecía a esa generación que

vivió su infancia en los años previos a la Revolución. Fernández había elegido un aforismo de Evgeny Evtuchenko para su primer libro *Palabra de Hombre*. El que dice: «La biografía de los poetas son sus poemas.» Las poesías completas editadas por Playor son, entonces, la biografía estricta y rigurosa de Wilfredo Fernández. ¿Será recordado por sus reflexiones filosóficas? Yo creo que el tiempo será especialmente amoroso con sus poemas más íntimos, aquellos que revelaban pudorosamente sus padecimientos de trasterrado:

La soledad, esa mujer perdida,
ansiosa, triste y placentera
madre de mis palabras lesionadas
estropeados racimos que guardo en un hotel.

El libro de Wilfredo, poesías completas de Wilfredo Fernández. Prólogo de Pío E. Serrano. Editorial Playor, Madrid.

● La entera naranja de José Luis Vega.

En Puerto Rico se está escribiendo muy buena prosa y muy buena poesía. No es que antes no ocurriera lo mismo, pero es que lo que hace veinte años funcionaba con carácter de avanzadilla táctica —donde la defensa del idioma español estaba presente en todos los intentos— ahora es casi un movimiento de masas: se pueden contar por decenas los jóvenes y no tan jóvenes poetas que —tal como quería Alfred Jarry— tratan de descubrir la realidad no en sus leyes, sino en sus excepciones. Entre estas voces nuevas —nuevas para España e Iberoamérica, pero muy conocidas en su isla— sobresale la de José Luis Vega, que alcanza en este libro un alto nivel de expresión. Lo prueba el poema inicial, *Mujer con lluvia:*

Todo es lluvia y de pronto
una mujer avanza entre la lluvia.

Sortea cada bache
con breve pie de pájaro aterido.
Peinados contra el frío los cabellos.
La falda entre sus muslos
amparándose.

O cuando, en *La batalla de los sexos,* escribe:

Considero tus armas y las mías
con la frialdad de un general que fuma.

Todo el libro —amistoso y confianzudo libro— está dedicado a los negocios del varón y la mujer, a eso que suele llamarse «amor» y que suele llamarse «sexo». Tema siempre actual pero escasamente propicio para la originalidad. Vega, que lo sabe, la

busca a través de lo cotidiano y no a través del asombro. Y puede decirle a Ella, entonces (sencilla pero perfectamente), que «estás hasta en la sopa». *La naranja entera,* por José Luis Vega. Editorial Antillana, San Juan de Puerto Rico. Impreso en Madrid, 1983.

● Franz Kafka en Sierra Chica.

García Márquez ha relatado que fue en Bogotá, durante sus tiempos de estudiante de bachillerato, cuando descubrió, leyendo *La Metamorfosis,* de Kafka, que la literatura podía ser un modo adecuado de elaborar la Realidad. Todos alguna vez nos hemos despertado insectos en nuestra propia cama. Sólo que la mayoría se levanta, se afeita y baja a continuar con el espectáculo como todos los días. Esto mismo le pasó a Rafael Flores, pero bastante más al sur: en una cárcel de Argentina, en Sierra Chica, donde purgaba la tenebrosa culpa de haber sido dirigente sindical. También Flores se despertó insecto, también Flores descubrió que la literatura puede ser un modo de vivir. Esa nueva vida comenzó en España, en el exilio, donde está desde 1979. Su primer libro de relatos, *En una caja oscura,* de 1981, mostraba ya los signos inequívocos de alguien que busca y sabe qué busca. Pero había, también, carencia de oficio y exceso de confianza en el poder «nombrador» de las palabras. *Conversaciones con el búho,* su segundo libro, nos muestra a un narrador que ha crecido mucho en poco tiempo, que ya maneja con cierta soltura la tensión narrativa, que no se distrae en lo accesorio, que es capaz de gritar cuando hay que gritar y de callar cuando hay que callar. En su primer libro había mucho para decir, pero no se hallaba el camino para decirlo. En éste el continente de lo literario es ya tierra conocida, pero quizá el autor —satisfecho con su flamante baqueanía— se ha entusiasmado más de lo aconsejable por el mero ejercicio literario, aunque esto no oscurece el valor de muchas páginas ricas y densas. Habrá que esperar su anunciado primer libro de poemas, de próxima aparición, para comprobar hasta dónde seguirá creciendo esta buena promesa. Rafael Flores tiene treinta y cuatro años y nació en Villa María del Río Seco, el mismo pueblo de Leopoldo Lugones. Nada menos. *Conversaciones con el búho,* por Rafael Flores. Editorial Orígenes, Madrid, 1984.—MARIO PAOLETTI. *(Alenza, 10. 28003 MADRID.)*